

# La aportación de Maravall a la historiografía de la época contemporánea

**H**a sido la de José Antonio Maravall Casesnoves una de las tareas historiográficas más acabadas y ricas de todas las registradas hasta el presente por la ciencia española. Desde que el concepto de lo español revistió contornos algo definidos hasta el krausismo y la generación del noventa y ocho, ningún rincón de entidad del pasado hispano fue marginado en sus investigaciones, ni ninguna parcela de importancia dejó de tener presencia en su inmensa y admirable tarea de historiador. Los siglos de la modernidad constituyeron, según es bien sabido, el objetivo preferente de sus incontables artículos, monografías y libros, atentos siempre a la renovación metodológica y a la incorporación de las más recientes aportaciones. La etapa contemporánea se benefició poco de su incansable esfuerzo, si bien en clases y conversaciones atrajera con frecuencia su atención.

De los años setenta arranca su preocupación escrita por la historia del pensamiento español y contemporáneo al consagrar en el homenaje al profesor Aranguren un artículo agudo, pero no excesivamente documentado ni conclusivo acerca de la trayectoria del catolicismo liberal en tierra de la Península: *Sobre los orígenes y sentido del catolicismo liberal en España*, Madrid, 1972, 229-66. Tenemos noticias de que antes de tal fecha, durante su segunda estancia parisina, dictara en la Sorbona un curso sobre otra corriente capital de nuestra historia ideológica reciente, el krausismo. Sería, sin duda, de la mayor importancia que el texto de dichas clases —don José Antonio pergeñaba siempre, en el peor de los casos, sus lecciones y conferencias, a menudo cuidadosamente redactadas— pudiera publicarse en breve tiempo, pues aparte de su segura calidad, el mencionado tema necesita aún de abundantes catas.

En una revista de divulgación histórica dio a la luz el profesor valenciano, a fines de los mencionados años setenta —por él vividos con zozobra e ilusión— páginas escasas pero de innegable interés en orden a la reconstrucción de los primeros estadios del pen-

samiento republicano, igualmente menesteroso de una bibliografía sobre los orígenes del movimiento republicano en nuestro país.

En efecto, *Historia 16* (9, 1977, 47-55) dio a la luz «El federalismo español», en el que el sabio profesor, al hilo de una tangencial glosa del libro *Federalismo y reforma social*, de J. J. Trías y A. Elorza, dibujaba a grandes rasgos los orígenes del federalismo en el pensamiento tardoilustrado o preliberal y en las primeras etapas de éste hasta el período esparterista. Análisis bibliográfico, bien se entiende, ya que en la abundante publicística menor, sobre todo, prensa, de la guerra de la Independencia, del Trienio o de la Regencia de la reina gobernadora, mana abundantemente tal teoría federalista. A pesar de su brevedad, los apuntes de Maravall situaban el tema en su exacta coordenada: la de una historia social del pensamiento, como se exponía en los inicios de dicha apretada síntesis al hablarse de los condicionamientos económicos, culturales y políticos del federalismo; y rompiéndose, fuertemente, una lanza por unir el ámbito de la estructura y la superestructura, pues ésta actúa siempre, según su juicio, también como estructura en cualquier situación histórica.

Por diversos conductos fidedignos se tiene constancia del voluminoso material allegado por el autor de *El concepto de España en la Edad Media*, en torno a la sociedad española en la obra de Galdós. Al convertirse el mencionado tema en campo de estudio de su pluma, Maravall demostraba su sensibilidad hacia los núcleos básicos de nuestra historia de las mentalidades; ya que ningún otro universo novelístico de las letras contemporáneas hispanas recoge con mayor propiedad y perspicacia la estructura y funcionamiento de la colectividad hispana. Desconocemos el grado cualitativo de este trabajo inédito del máximo especialista en el análisis de las corrientes políticas e ideológicas del pasado nacional, pero cualquiera que fuera, su puesta a punto para la imprenta rendiría un útil servicio al conocimiento de la etapa canovista, aún también muy indigente en los extremos atinentes a las claves de su organización social.

La crisis finisecular imantó las últimas energías de la portentosa carrera de historiador de José Antonio Maravall. El remolino de ideas, la riqueza inventiva, la búsqueda palpitante de nuevos caminos en el mundo de la cultura y de la vida política hacía de este territorio uno particularmente propenso para que la abastada pluma del profesor valenciano se engolara en una travesía científica de amplio calado que requería la posesión de unos talentos especiales. En la redacción del capítulo consagrado a una de sus figuras más discutidas, Ramiro de Maeztu, le sobrevino la muerte, sin que pudiera dar cima a una obra que quizá sólo él, como decíamos, estaba en condiciones de llevar a término.

Afortunadamente, en los meses anteriores aparecieron valiosas y extensas páginas dedicadas a glosar en esta misma revista «Las transformaciones de la idea de progreso en Miguel de Unamuno». En ellas campeaban la fecundidad y justeza en el tratamiento de una noción historiográfica tan poliédrica y esquiva como la de «progreso», dificultad acentuada por su formación en un escritor como don Miguel, amante de la paradoja y la eutrapelia y de tan meándrico recorrido intelectual. «Como hemos ido viendo a lo largo de esta exposición, al principio de la obra unamunesca se hablaba de progreso técnico, económico, material. Basándose en una concepción de la vida social que recoge en ciertos momentos una inspiración marxista, se afianza su idea de progreso en un plano social y que-

dará marcada hasta mucho después una visión de la Historia de carácter progresivo que impulsa la marcha de los pueblos. El protagonismo del elemento dramático y de la noción de cambio, aunque sea surgiendo del fondo de la intrahistoria —que nunca es repetición, nunca mera reiteración— le hace buscar en una segunda fase la idea de un progreso, ni adelante ni hacia arriba, sino hacia adentro. Esto supone la larga etapa de la idea de progreso espiritual, y, con éste, al cobrar tan alto valor la idea de civilización o mejor —como él advierte— de civilidad, aparece el concepto de progreso civil. Todavía llegará a poner un último esfuerzo en ligar de algún modo el progreso y la religión, todo ello, entrecortado por fases pasajeras de repudio del progreso, de odio al mismo, lo que viene a poner al descubierto el peso de lo que significa para él. Tal vez por eso es tan grande el número de sus obras mayores, de sus ensayos, de sus artículos periodísticos en los que la voz progreso aparece y se repite. Y sin embargo, he acabado pensando que no hay una aportación unamunesca válida y objetiva a la concepción del mismo. Tal vez porque para Unamuno, en cualquiera de sus formas, el progreso es una experiencia, variable como el ámbito en que se da, del sentimiento trágico de la vida o mejor del sentimiento trágico del tiempo que se vive. No le queda espacio para analizarlo, estudiarlo, interpretarlo como una idea objetivada.» (*Cuadernos Hispanoamericanos*, 440-1, 1987, 160-1).

Tras la lectura del mencionado artículo se acrecentaba el ansia porque el autor nos diera en corto plazo una nueva entrega de su magna síntesis. No ha sido así; aunque es presumible que todavía salga de las prensas algún nuevo trabajo pendiente de edición a la hora de su fallecimiento. Pero ello sólo servirá para lamentar aún más la desaparición de uno de los más relevantes intelectuales españoles del siglo XX.

Ésta es también, en efecto, otra de las facetas que deberían contemplarse en su estimación como contemporaneísta. Ya en plena juventud, Maravall colaboraba en el diario *El Sol* o en publicaciones tales como *Cruz y Raya* y *Revista de Occidente*, en donde manifestó una notable sensibilidad por todas las inquietudes de los albores de los años treinta, tan penetrados de esperanzas y temores. Pasada la guerra, su colaboración en revistas de indudable valor cultural como *Escorial*, así como en periódicos, sobre todo, en el madrileño *Arriba*, se hizo más asidua, escrutando con sagacidad algunas de las líneas de fuerza que informaban los nuevos tiempos. El pensamiento joseantoniano, el cambio de ejes provocado por el triunfo nazi en 1940 y otras cuestiones de candente actualidad en aquel entonces como, por ejemplo, la ley sindical, cobraron en su pluma rango intelectual y decoro literario por su tratamiento riguroso, si bien discutible, como es lógico.

El periodismo era una de sus vocaciones secretas, pues nunca abandonaría el deseo de conversar con sus coetáneos sobre las preocupaciones e inquietudes del momento. «Hacer periodismo no exige servir una necesidad propia. Pero pide, desde luego, como todo operario de la cultura, un trabajo formal en la ejecución de su oficio. El escritor labora también, cumple con todo esfuerzo su misión de trabajar duramente su obra, y ello, ante todo, para que con esos medios salga contrastado y fortificado con más firme rigor lo que su necesidad vital le da. Escribir es necesitar sacarse por el canal de las palabras lo que la vida hace nacer en el fondo del hombre. Todo cuanto en los hombres vale con el valor superior de su vida, tiene la misma y única raíz: necesidad. Cuando no se siente la necesidad vital, sangrante, de escribir; cuando, además, el esfuerzo de un trabajo rigu-